

La información literaria en el periódico. Análisis de *El País*



Carmen Espejo Cala
Universidad de Sevilla

Cuando se me pidió que adelantara un título para mi exposición en este Simposio, prometí hablar de *la* literatura en *el* periódico. Hoy preferiría referirme a *las* literaturas del periódico, o incluso a literaturas y periodismos... Este vaivén de singulares y plurales proviene del hecho que pude constatar nada más comenzar el análisis de los documentos periodísticos concretos: son tantas y tan diversas las fórmulas para informar acerca de *lo literario* que conoce el periódico diario, que en rigor es difícil seguir afirmando la existencia de la prensa literaria como realidad homogénea¹.

Pero tal vez este punto necesite de una aclaración práctica. Les propongo que recuerden conmigo, sin necesidad de ir más lejos, la información literaria que proporcionaba el rotativo de mayor difusión en España, *El País*, en su edición del sábado pasado, 11 de diciembre. Dentro de la categoría "prensa literaria" se encuentran, para empezar, dos noticias recogidas en la sección "Andalucía". La primera ocupa poco más de media columna y se titula "La Diputación adquiere manuscritos del granadino Ganivet", pero trata de al menos tres asuntos bien diversos: de un proyecto de la Diputación granadina para recopilar las obras de autores patrios, desde los manuscritos de Ganivet a los grabados del pintor Manuel Angeles Ortiz; de la adquisición de una colección de fotografías por parte de este mismo organismo; de la donación a la Universidad granadina de una biblioteca personal, la del hispanista Enrique Canito. La segunda, recogida en un espacio poco mayor, se titula "Escritores y editores protestan contra los límites culturales del GATT" y se limita, prácticamente, a glosar un

1 Debo admitir que en esta comunicación voy a manejar el concepto de "prensa literaria" en un sentido más amplio que el habitualmente considerado en las monografías sobre el tema. César Antonio Molina, por ejemplo, en *Medio siglo de Prensa Literaria española (1900-1950)* (Madrid: Endymion, 1990), sólo entiende como tal la información que se difunde a través de tres formatos periodísticos bien definidos: a) las gacetas literarias, b) las revistas literarias, c) los suplementos literarios y las páginas de libros de los diarios. Nuestra modesta colaboración de hoy, en cambio, limitará el campo de análisis a la prensa diaria, pero buscará la información literaria más allá de las secciones de libros o cultura.

manifiesto publicado en la clausura de las *Segundas Jornadas de las Letras y los Libros españoles en el Nuevo Marco Europeo*.

En la sección "La Cultura" por contra no se hallaba información literaria alguna; tal vez porque el sábado *El País* ofrece a sus lectores la revista cultural *Babelia*, un suplemento en el que ésta abunda. En concreto, el número en cuestión, el 113 contenía nueve reseñas críticas, un artículo y dos entrevistas, además de los resultados de un curioso debate en que los lectores debían averiguar si una serie de textos sin firma eran producto de una pluma femenina o masculina.

Queda por tanto de manifiesto un primer criterio para la distribución de las informaciones literarias en la prensa diaria: en las páginas interiores la literatura se entiende como actividad social: interesa en la medida que pueda generar *noticia*, es decir, acontecimiento, con repercusión en algún otro ámbito de la realidad, desde la política autonómica a la economía. El suplemento literario, en cambio, entiende la literatura como actividad estrictamente artística que genera por sí misma noticias - sobre todo a partir de la incesante publicación de nuevos títulos o reediciones -.

Ampliando mínimamente el corpus de textos periodísticos analizados pueden deducirse nuevos criterios distributivos. Tomemos, por ejemplo, los números correspondientes a la semana entre el lunes 15 de noviembre y el domingo 21. Ni lunes, ni miércoles ni jueves generaron noticia literaria alguna digna de acaparar espacio informativo. Los días en que sí hubo acontecimiento artístico la información no pasó de ser esquemática. El martes, por ejemplo, las bellas letras se comprimían en media columna y un recuadro de la sección "La Cultura", y en tan poco hueco cabían dos noticias. En la primera, más extensa, se comentaba un homenaje de la revista *Atlántica* al autor Eugenio Florit celebrado en el Instituto Cervantes de Nueva York con asistencia de distinguidas personalidades. La segunda, de tan solo cinco líneas, informaba de que la escritora Emmanuele Berheim había obtenido el premio Médicis. El recuadro en cambio contenía tres columnas de texto y un titular a cuerpo bastante grande que rezaba: "Delibes, Chacel y Cela, candidatos al Cervantes que se falla el 1 de diciembre". El viernes 21 de nuevo se hablaba en la sección "Andalucía" de eventos relacionados con la literatura: la inauguración de la Feria del Libro en Almería y la presentación en Sevilla del último relato de Fernando Delgado, nombre reconocible para los asiduos a la información televisada, quien reivindicaba en titulares: "No soy el chico del telediario que escribe una novela". Ese mismo día, ahora en "La Cultura", el periódico se hacía eco de un proyecto novedoso, híbrido entre la fotografía y la escritura, que exponían en Granada el artista Ricardo Martín y el novelista Antonio Muñoz Molina. Finalmente una breve columna de texto se titulaba "Publicada la *Biblia del Camino de Santiago*". El sábado 20 la literatura no disponía de más de 11 líneas, y ni siquiera merecía un titular. La información se refería a dos textos premiados por el gobierno vasco, uno de ellos debido a un periodista. Además de citar sucintamente los nombres de autores y obras, la reseña mínima concedía su frase final a puntulizar que "en la convocatoria en euskera, el jurado declaró los premios desiertos". El domingo siguiente, y ya concluimos, la primera información literaria se hallaba, curiosamente, en la sección "Sociedad". "Novela negra en continente blanco" se denomina la media columna en la que se anuncia una futura publicación, la novela de Raúl Guerra *El síndrome de Scott*: "Una trama de espionaje y ciencia que se desarrolla en la base de EEUU en la Antártida, con muertos y un ecologista de Greenpeace infiltrado, entre hielos y pingüinos", explica el periodista. La segunda nota literaria aparecía ya en "La Cultura" y estaba redactada como entrevista. El objeto informativo era Tom

Clancy, autor norteamericano de *best-sellers*, que defendía en titulares la tenencia de armas en su país.

Quedan, por tanto, de manifiesto, los objetivos informativos de la prensa literaria diaria: premios, homenajes, proclamas, congresos, etc., sobre todo si aparecen refrendados por alguna institución importante o si se hallan implicados nombres consagrados de la literatura o cualquier otra actividad pública, por un lado, y literatura involucrada en la realidad política o social, por otro.

La revista *Babelia* de la semana ponía de nuevo el contrapunto a esta rigidez informativa: contenía ocho reseñas, una entrevista, e incluso la reproducción de unos textos literarios. Más literatura entonces, pero también distinta: para probarlo basta atender a dos informaciones incluidas, con una veintena de días de intervalo, en uno y otro formato periodístico. Las dos tenían sin embargo en común el objeto informativo: acabamos de ver cómo Tom Clancy disponía en el diario del 21 de noviembre de una entrevista compuesta a página completa. La última novela del mismo Clancy se reseñaba en *Babelia* el sábado pasado, 11 de diciembre. Los argumentos que habían permitido a Clancy salir previamente del terreno marginal del suplemento eran, como cabría de esperar, extra-literarios. El *lead* de la entrevista los expone contundentemente:

Tom Clancy es autor de violentos *best-sellers* en los que las armas son protagonistas. Por su séptima novela, *Sin remordimientos*, que acaba de aparecer en castellano publicada por Plaza & Janés, su editor norteamericano le pagó 1.700 millones de pesetas. Clancy habló con EL PAÍS en su casa de la bahía de Chesapeake, una fortaleza con galería de tiro y un tanque en el jardín.

En la entrevista, en efecto, se habla más de armamento y política que de literatura, y se insiste en un par de ocasiones en que Clancy "no es capaz de mencionar un solo nombre de escritor en español y confiesa no haber leído *Cien años de soledad*". La reseña del suplemento cultural, en contraste, resume el argumento de la novela recién publicada por el norteamericano, la enjuicia artísticamente y la pone en relación con la novelística de ciencia-ficción, de espionaje e incluso con un sub-género del sub-género bélico denominado *military procedural*, afecto a la descripción del armamento militar. Las armas de Clancy, en este segundo documento, son meramente literarias.

Empieza a hacerse evidente en las últimas líneas un nuevo criterio para la distribución que no puede explicarse con tan solo distinguir entre acontecimiento social y acontecimiento artístico. Nos topamos al fin con una categorización intrínsecamente literaria que es tal vez más evidente en otro ejemplo: tanto el diario del viernes 19 de noviembre como el número de *Babelia* del sábado posterior recogían información referida a proyectos editoriales novedosos. El primero contenía, recuérdese, una columna pequeña titulada: "Publicada la *Biblia del Camino de Santiago*". El segundo contaba con una sección reducida denominada "Gaceta" en la que se informaba de cuatro ideas editoriales: la primera, el a estas alturas célebre lanzamiento de una colección de literatura a precio ínfimo, claro que a través de la alabanza que un editor italiano le hacía en una revista distinguida como *Quimera*. A continuación, un comentario condescendiente acerca de la idea de editar, junto a los cuentos completos de Cortázar, una casete en la que el argentino lee su obra *Rayuela*. Después, noticias referidas a dos trabajos editoriales independientes: el de Jesús Munárriz, de quien se dice explícitamente que "edita cosas exquisitas, dejándose llevar por su capricho y el de otros fie-

les"; y el de Abelardo Linares, a quien se alaba porque "ha sacado la poesía completa de Manuel Machado (que la quería Planeta) y lo ha hecho porque sí, sin andarse con más miramientos". Termina incluso el recuadro con una alusión peyorativa hacia el editor italiano que celebraba la literatura a bajo coste líneas arriba: "Sin duda, tanto Munárriz como Linares suscribirán la frase de Marcelo Baraghini, en *Quimera*, de que hay un ejército de malos poetas que producen poesía barata; añadirán, ellos, que aquéllos no están en sus trincheras". El espíritu de cruzada con el que se promueve desde *Babelia* la edición elitista explica sobradamente, suponemos, las razones por las que la *Biblia del Camino de Santiago* no halló refugio entre sus páginas y sí en las del diario.

Podemos convenir entonces en que la información literaria en prensa, incluso cuando es *estrictamente literaria*, se despliega según dos fórmulas bien distintas. Ambos estilos periodísticos tienen una tradición prestigiosa a que acogerse. Según Iván Tubau, en su estudio *Teoría y Práctica del Periodismo Cultural*, es la prensa norteamericana, encabezada por el *New York Times*, la que mantiene la opinión de que la literatura debe aparecer en sus páginas: 1) *en cuanto y solo si* constituye noticia, 2) *en cuanto y sólo si* interesa a un público mayoritario. La prensa francesa, en cambio, liderada por *Le Monde* y *Libération*, se atribuye a sí misma la obligación de convertir a la literatura en noticia todos los días, a ser posible en portada, aún cuando haya que forzar para ello los criterios de actualidad e interés informativo.

Esta polaridad de intereses hace a Tubau evocar teorías ya clásicas acerca del inquietante binomio *cultural/medios de comunicación de masas*. La sociología de los años 60 determinó que nuestros días se definen por la irrupción de un estadio intermedio entre la cultura aristocrática y la cultura popular: la cultura media y mediocre de las clases cultivadas - pero que aún no son élite - en los países desarrollados. La información literaria de esquema norteamericano selecciona entre los diversos registros literarios coexistentes en un determinado período el que se corresponde justamente con esta *Midcult* o *Middlebrow*. Es la que *El País* inserta habitualmente entre sus páginas de cada día. La información literaria de estirpe francesa, en cambio, se centra en los productos de una Cultura Superior o *highbrow* en las que las obras de la *Mid* y la *Mass cult* sólo son aceptadas cuando aparecen legitimadas por el comentario benévolo aunque distante de un productor de alta cultura - recuérdese la reseña del *thriller* de Tom Clancy en *El País*. Ésta es, sin duda, la que constituye el objeto de atención preferente en *Babelia*².

Manuel Martín Serrano, años antes, había expuesto en una conferencia ideas similares, aunque utilizando diversa terminología. Distinguía el profesor entre la *cultura humanística* que pervive en las secciones especializadas del diario - suplementos literarios y culturales - y la *cultura mosaico* que irrumpe con fuerza en nuestro siglo a través de las restantes páginas del periódico. La primera se rige aún por los valores de la teoría del arte clásica: jerarquía, abstracción, universalidad, rareza, individualidad, esfuerzo... Por contra, esta

- 2 Los términos *Cultura Superior/Midcult/Masscult* se deben a MacDonald, y *highbrow/middlebrow/lowbrow* a Van Wyck Brooks. Iván Tubau resume perfectamente estos esquemas sociológicos y su relación con los *mass-media* en *Teoría y Práctica del Periodismo Cultural* (Barcelona: Mitre, 1982).
- 3 Manuel Martín Serrano, "Cultura en periodismo escrito y su relación con los demás medios", en *Cultura en Periodismo* (Madrid: Fundación Juan March, 1979, pp. 7-16). El concepto que utiliza Martín Serrano, *cultura mosaico*, proviene en este caso de Abraham Moles.

nueva cultura mosaico que potencian los modernos medios de comunicación instaure nuevos valores ajerárquicos, concretos, particularistas, irracionales, escasamente individualizados y que no reclaman del receptor esfuerzo, sino poder adquisitivo³.

Tanto para Tubau como para Martín Serrano, por tanto, el suplemento literario es un refugio, el último santuario de una determinada idea del arte. Aunque pretendan evitarlo a veces, ni Tubau ni Martín Serrano pueden esconder el tono nostálgico y apocalíptico con el que anotan la *marginación* de la literatura en la prensa diaria⁴:

Es posible tener una gran estima por este modelo de cultura humanística, y no obstante darse cuenta de que, en términos sociológicos, hace mucho tiempo que ha dejado de estar vigente. Porque una cosa es juzgar críticamente sobre los objetos a los que se confiere valor cultural, según la escala de valores propia de los hombres cultos, y otra muy distinta constatar cuáles son los objetos que entran a formar parte de la cultura real de una sociedad⁵.

Rafael Conte, en cambio, avalado precisamente por su experiencia en las separatas literarias de *El País*, deja en suspenso una nota crítica hacia el espíritu numantino del suplemento:

Algunos medios informativos han elegido el sistema de los suplementos especiales para ordenar su información cultural. Pero hay que advertir que si se trata de una fórmula con muchas ventajas - tratamiento más en profundidad, posibilidad de ser más exhaustivo en las informaciones, de una confección diferente, de un mayor respeto a los textos, de un lenguaje más especializado - también tiene sus inconvenientes. En primer lugar, se trata de una fórmula sólo apta para la información cultural estricta, no para la cultural-sociológica...⁶

Es una ya vieja polémica en la que, por supuesto, no vamos a entrar ahora. Me contento con finalizar ya, resumiendo mi conclusión provisional: si es evidente que hay diversos *periódicos* o fórmulas para hacer periodismo, también hay diferentes literaturas absolutamente contemporáneas en el tiempo, aunque separadas en los espacios informativos.

4 La marginación es ideológica y topológica: en el artículo "La presse d'influence dominante et la production du réel: à propos de *El País*", Gérard Imbert comprueba cómo el periódico arroja hacia la periferia espacial los documentos que se consideran secundarios: las secciones de *estilo ameno*, los textos creativos o subjetivos, y desde luego la información cultural que cada vez con más frecuencia sale del diario y se recluye en el suplemento. El artículo de Imbert aparece comentado en Sebastián Bernal y Lluís Albert Chillón, *Periodismo informativo de creación* (Barcelona: Mitre, 1985).

5 Martín Serrano, p. 9.

6 Subrayado nuestro. Rafael Conte Oroz, "El espacio cultural en el periodismo", en *Cultura en periodismo*, op. cit.